



ROMANCE,

EN QUE SE REFIERE LA DEFENSA
que hizo de las Costas de Andalucía su Capitan General
el Marqués de Villadarias, contra la Armada de
Holandeses, è Ingleses en 1702.

DEL grande Oceano bruma
la siempre indocil espalda,
nadante selva de leños,
vaga poblacion de jarcias.
Navios de guerra són
quantos las ondas saladas,
con sus aceradas quillas,
ò las cortan, ò las rasgan.
Monstruos del agua, y del viento,
que sin pluma, y sin escama,
à un tiempo en ambas esferas
aves buelan, peces nadan.
En ciento y cinquenta velas
de la Inglaterra, y la Holanda,
gente, fuego, y armas llevan
contra las costas de España,
que yacen en ocio torpe,
dormidas, ò descuidadas.
Teme España la tormenta,
que tan sin pensar la asalta,
que el trueno sabe estenderse
adonde el rayo no alcanza;
porque uno ofende en estragos,
otro en sustos amenaza.
He dicho mal en decír
que supo temer España,
pues à su espiritu heroyco
no altera, no sobresalta,
ni el ceño de la fortuna,
ni el terror de la borrasca:

mejor diré, que sacude
el letargo, que la agrava,
corrida de su pereza,
mas que del riesgo asustada.
Acude pronta al socorro,
que hay peligro en la tardanza,
yá se arman sus Milicias
en defensa de la Patria;
y aun mas bien que del acero,
del proprio valor se arman.
De toda la Andalucía
sale tambien à campaña
el Cuerpo de la Nobleza;
porque si debe à las Armas
todas sus mayores glorias,
es razon sepa su espada
conservarlas valerosa,
pues supo fuerte alcanzarlas.
De las insultadas Costas,
en la defensa se encarga
su Capitan General
el Marqués de Villadarias,
aquel Andalúz Alcides,
cuyas heroycas hazañas,
de que es pluma la memoria,
y de que es trompa la fama,
coronaron sus Castillos
de laureles, y de palmas:
pues desmintiendo el probervio,
de que contra tres no bastan,
ni



ni aun de un Hercules las fuerzas,
vence, rompe, desbarata
con poca gente el Marqués
las numerosas Esquadras
de Ingleses, y de Holandeses,
que infestaron nuestras playas,
logrando en una accion misma
rendirlas, y escarmentarlas.
Esta Armada poderosa
dió fondo à grande distancia
de la Bahía de Cadiz;
y como no tiene España
Costa de mayor peligro,
donde el Oceano baxa
arrastrando ázia el Estrecho
sobervios montes de plata;
no pudiendo estar sus naves
seguras de una borrasca,
por sus playas se estendieron,
cuyas orillas saladas,
rizando sus vagas ondas,
lentamente bordeaban.
El Principe de Armestád,
à quien estaba fiada
de esta guerra la fortuna,
el primero fue que estampa
en las arenas sus huellas,
diciendo con arrogancia:
juré entrar por Cataluña
à Madrid, Corte de España,
mas ahora pasaré,
pues la suerte está trocada,
por Madrid à Cataluña.
¡Què torpe, y necia jaçtancia!
Ha de obstantarse el valor
con obras, no con palabras.
En las fortunas de Marte
nadie fie de sus auras,
por lisongeras que soplen,
pues tal vez en lo que alhagan,

alevosamente ocultari
el tósigo con que matari.
Unos quinientos Ingleses,
que en Rota se desembarcan,
mas dichosos que valientes,
se apoderan de esta Plaza,
porque su Gobernador
quiso mas bien con infamia
rendirla, que defenderla
con pundonor, y constancia.
De Santa Maria el Puerto,
Ciudad no fortificada,
invadieron otras Tropas;
y el torrente de su saña,
en impetuosa avenida,
junta de hereges la rabia,
con la furia de enemigos,
aun no perdonó las Aras,
que en enormes sacrilegios
inunda, mancha, y profana.
Fue su principal designio
ganar de Cadiz la Plaza;
à este fin à Matagorda,
Fuerte de grande importancia,
pretendieron acercarse;
y aunque trincheras levantan
en la movediza arena,
y los cañones disparan
espesa lluvia de plomo
contra sus fuertes murallas,
no pudieron proseguir
los aproches que intentaban:
pues con el fuego que hacia
Matagorda, desbarata
de tal suerte las trincheras,
que ocupan la region vaga,
en tan débiles fragmentos,
que son humo, polvo, y nada.
El gran Fuerte del Puntál,
que tanto en el mar se abanza

pa-

para defensa del Puerto
árbitro de tierra , y agua,
auxiliar de Matagorda,
qual densa nube preñada,
en cada rayo que aborta,
un estrago vinculaba.
Las Galeras , que en el Puerto
España , y Francia abrigaban,
Elefantes de las ondas,
sobre sus proas levantan
tan formidables Castillos,
que desde ellos arrojaban
volantes flechas de plomo
en una , y en otra bala.
Tan fuertemente batidas
por todas partes estaban
las trincheras del Inglés,
que por mas que se obstinaba
éste en querer defenderlas,
aun no logró repararlas:
pues apenas con las luces,
de que es precursora el Alva,
en las puertas del Oriente
el Horizonte se baña,
quando deshace el cañon,
lo que en la obscura maraña
de las sombras de la noche,
se repara , ò se adelanta.
Penetrar la tierra adentro
no se atreve su arrogancia,
que el temór le tiene puesto
fuerte freno , dura valla:
y aunque con pocos Soldados
el Marqués de Villadarias
defendía de las Costas
la siempre importante entrada;
puestos en gran movimiento,
con evoluciones varias,
empañá del Sol las luces
con el polvo que levantan;

y en las nocturnas tinieblas,
fomentando varias llamas,
en terrenos bien distantes,
finge en permitida magia
poderoso acampamento
de numerosas Esquadras:
y lo que es mas, quando imperan
las sombras precipitadas
de los montes de la Luna,
en tierra , en viento , y en agua,
con valor imponderable
las trincheras atacaba,
vertiendo enemigas vidas
en la sangre que derrama.
Determina el Enemigo
dexar empresa tan ardua;
y retirandose à Rota
en fuga precipitada,
nuestras Tropas le persiguen,
rompiendo su retaguardia.
Acogense los Soldados
al asylo de las lanchas,
del peligro de la tierra,
buscando amparo en las aguas,
como si mayor peligro
en su miedo no llevarán:
pues corriendo ázia la orilla
en confusion desmandada,
unos à otros se atropellan,
unos à otros se embarazan.
Estos entre olas de gente,
aun naufragan en la playa:
huyendo aquellos la muerte,
que en tierra les amenaza,
en el abysmo salobre
hallan muerte mas amarga,
bebiendola poco à poco
en cada aliento que exhalan.
¡Quántos estragos consigo
el terror pánico arrastra!

En



En fin , desde Rota à Cadiz
quedó toda la distancia,
sí despoblada de vidas,
de cadaveres poblada.
Recuperó , pues , à Rota
el Marqués de Villadarias,
con cuya noticia al punto
los Ingleses desamparan
de Santa Maria el Puerto.
Yá que sus fuerzas no bastan
para mantenerse en tierra,
ni resistir en campaña
el tesón de los azeros,
los enojos de las balas
forzar quieren la cadena,
que embaraza la garganta
de la Bahía de Cadiz:
mas no pueden contrastarla,
como lo experimentaron;
pues aunque à velas hinchadas,
y viento en popa dos naves,
qual roca que se desgaja
del mas empinado monte,
por dos veces se desatan
contra la fuerte cadena,
ni aun pudieron quebrantarla;
pues su firme contextura

hizo resistència tanta,
y fue tan terrible el fuego,
que de la Plaza arrojaban,
que se cascan ambos buques,
y arboles , velas , y jarcias
sirven de mofa à los vientos,
y de embarazo à las aguas.
Asi acabó de Armestád
la empresa mal meditada,
desplumadas , y deshechas
las alas de su arrogancia,
agostados los laureles
que coronaban su fama,
su valor escarmentado,
burladas sus esperanzas.
España respiró alegre
del temór de la amenaza;
y este triunfo celebró
(aunque à sus fuertes hazañas,
aunque à sus grandes victorias
por bien pequeño no iguala)
con tan festivos estruendos,
que sus aplausos dilatan,
desde donde nace el Sol
en blanca cuna de nacar,
hasta donde el Sol fallece
en tumba undosa de plata.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid en la Imprenta de Antonio Marin,
año de 1770.